

## ANGUSTIAS GLORIOSAS. (NUESTRA SEÑORA DE LAS) (1).

*Placeo mihi... in angustiis pro Christo.*  
Yo siento satisfaccion en mis enfermedades.

(II. COR. XII, 9).

Así habla, hermandad respetable, sábios y piadosos oyentes, así habla á los fieles de Corinto el apóstol de las gentes S. Pablo, tratando de un raptó al Cielo, de sus tribulaciones y de la verdadera gloria de un cristiano. Y adoptando yo hoy estas mismas palabras, no dudo manifestaros, con arreglo á ellas, las angustias y glorias de María á presencia de la pasion y muerte de su Hijo. Enlace verdaderamente admirable, y que solo es capaz de obrar en las almas justas la gracia y el amor de Jesucristo. Si yo hablase en esta hora á unos oyentes incrédulos de las glorias y gozo de María en el conflicto de sus angustias por Cristo, reduciría la materia á principios, y haría ver por los de la fé una verdad, que la Escritura, la tradicion, los padres y el espíritu mismo de la religion católica concurren á demostrar. Miéntras durare la verdad de los libros canónicos, que será eterna como Dios, será asimismo indubitable, que ninguno puede ser salvo sin tener conformidad con Jesucristo, cabeza y ejemplar de los predestinados, de cuya mayor semejanza depende su mayor santidad. Siendo pues de fé, segun S. Pablo, que este divino Salvador toleró su cruz gozoso como instrumento de su gloria, en la cual no podía entrar, como Él mismo testifica, sin pasar ántes por las penas, ¿cómo podrían las de María oscurecer sus glorias, ó privarla del gozo espiritual que concedió el Señor á los apóstoles y á tantas almas justas en medio de sus tribulaciones, siendo cierto que María es superior en santidad á todas las criaturas, solo inferior á Dios, y la más perfecta imagen de su Unigénito?

(1) Véase el título: *Dolores gloriosos de María*, tomo VI de este TESORO MARIANO.

¿Qué de reflexiones sólidas no podría yo hacer sobre este único principio para ilustrar las glorias de esta Madre angustiada? Mas como tengo la confianza de hablar en un templo lleno todo del espíritu y esplendor de María, y á presencia de un pueblo, cuyos más ilustres habitantes se glorían de esclavos de las angustias de María, me creo dispensado de formar apología de sus glorias. Limitome pues á discurrir sobre los motivos de ellas, y juntamente sobre sus penas; doble objeto que presenta á los ojos de nuestra fé la augusta escena del Calvario. Con arreglo á este plan manifiesto; en primer lugar, lo incomparable de sus angustias; y en segundo, lo inenarrable de sus glorias: dos reflexiones breves, objeto de vuestras atenciones y de mis endeblés conatos. Animad ¡oh Dios! mis palabras para que pueda dignamente hablar de vuestras misericordias; dadnos á todos un corazon dócil para aprovecharnos de vuestra doctrina, y una gracia victoriosa que, triunfando de nuestras pasiones, renueve hoy vuestra gloria en el templo de nuestras almas. A este fin imploramos la proteccion de vuestra Madre y nuestra, María Santísima, saludándola con el ángel: A. M.

Por poco que reflexionemos sobre la tragedia del Calvario, conoceremos fácilmente lo incomparable de las angustias de María, ya sea atendiendo á su carácter de Madre del Crucificado, ya al de Jesucristo que padece, ó ya á nosotros mismos por quienes padece. Bajo cualquier aspecto que se mire, siempre será constante la sentencia de S. Agustin, conviene á saber: que ni la lengua puede explicar, ni la mente comprender la angustia de María en estas circunstancias. La Escritura y la experiencia misma están de acuerdo, que el amor de una madre es el más tierno y afectuoso que se conoce sobre la tierra (ojalá no fuese á veces inmoderado é indiscreto). De aquí se sigue por una consecuencia necesaria, que si por el amor se ha de comensurar el dolor, fué el de María imponderable. ¿Quereis conocer su amor? Considerad que es madre, madre virgen, madre sola, madre sin obra de varon, madre de un solo hijo, pero de un hijo infinitamente perfecto, todo apreciable, todo apetecible, todo amable. La angustia, pues, que la oprimía era á proporcion del amor que la abrasaba. Yo siento, decía el real Profeta, yo siento y compadezco tu muerte, hermano mio Jonatás porque te amaba como una madre ama á su hijo único. Su amor virginal, pues, era la medida de su dolor; y siendo aquél incomprendible, debía serlo éste asimismo; porque es necesario que hiciese en el alma tanta impresion el

dolor cuanto había en ella penetrado el amor de Jesucristo: de donde se sigue que fué la que más padeció, porque fué la que más amó. Venció al sexo, venció al hombre, padeció sobre la humanidad, sintiendo más tormentos en su imaginacion que si los sintiera en su cuerpo; porque amaba incomparablemente más que á sí misma al objeto de su compasion. No extrañeis, pues, que yo exclame con Jeremías: ¡oh vosotros todos, viajeros de este valle de lágrimas! ¿habeis visto un dolor semejante á mi dolor? ¿Habeis visto al amado de mi alma? ¿Cuál es tu morada, dulce dueño de mi corazon, en el medio día de mis penas?... ¡Oh hijo de mis entrañas! ¡oh, si se me concediera que muriese yo por Tí, para no sobrevivir privada de tu luz! Yo te amaba tiernamente como madre, y por tu muerte me hallo convertida en un mar de angustia y de afliccion. ¡Oh Padre eterno! la luz de mis ojos ha desfallecido y ya no está conmigo.

Hé ahí un bosquejo de la tribulacion y pena de María, atendiendo puramente á su carácter de madre. Pero ¡cuánto no debió crecer su angustia atendida la calidad del hijo que padece á su vista y las circunstancias de su muerte! Este augusto personaje es el Unigénito de Dios, engendrado por su Padre celestial ántes del astro de la mañana, viva imágen de su divinidad, Dios verdadero de verdadero Dios, en todo igual y consustancial al Padre, y único Dios con el Padre y el Espiritu Santo en unidad de esencia y Trinidad de personas, que movido de su amor á los hombres y por nuestra salud, descendió del Cielo, sin dejar el seno de su Padre, á obrar nuestra redencion eterna. Este Dios grande, á quien vió el real Profeta alzado monarca sobre la santa montaña de Sion, ejerciendo su dominacion de uno á otro mar, desde el oriente al occidente, desde el aquilon al mediodía, y recibiendo homenajes de todos los soberanos, de todas las naciones, de todos los pueblos: este, á cuya presencia tiemblan y se estremecen los abismos; este Dios hombre desconocido de los mortales, que muere por su amor á ellos, es el que por un milagro superior á sus más grandes milagros se abate á sí mismo en esta hora, se anada, se humilla hasta la muerte, entregándose voluntariamente en manos de sus enemigos, que como lobos hambrientos se apoderan de la inocente presa que con tan vivas ansias habían perseguido. Avivad vuestra fé por un momento, para formar justa idea de las penas de vuestro Redentor y de las angustias de María. Contemplad, os ruego, á esta afligida Madre al pié de la cruz del Salvador, donde ha bebido la pasion, agotado el cáliz, y está como embriagada con un torrente de amargura. Privada de la vista de su Hijo, su Dios y

su Hacedor, viuda de su Esposo, huérfana de su Padre, registra con amargura los lugares del Calvario, viendo en todos ellos cubierto de oprobio y de ignominia al dulce imán de sus afectos; ligado como un facineroso el libertador de Israel, que es por esencia la fortaleza misma; conculcado y despreciado el excelso sobre todas las gentes; sin especie ni hermosura el más hermoso entre los hijos de los hombres; azotado cruelmente y vestido á lo ridículo el Rey de los reyes y Señor de los que dominan; coronado de espinas el que tiene por cetro la virtud; vestido como rey de burlas con una caña en sus manos el ungido de Dios con el óleo de la alegría; oprimido bajo un duro leño el que sostiene con tres dedos toda la masa de la tierra; crucificado entre dos ladrones el autor de la vida; oscurecidos sus ojos, desfalleciente el ánimo, las fuerzas fugitivas, abierto su costado, cubierto de inmundas salivas, clamando en altas voces á su Padre por el desamparo en que se halla, inclinada la cabeza, derramando, en fin, por sus heridas la sangre en abundancia hasta la tierra.

¿Qué os parece, señores, de las angustias de María en estas circunstancias? ¿Hay dolor comparable á este dolor? ¿Será necesario para persuadirlo comparar esta afliccion á la de Agar, egipcia, temerosa de la muerte de Ismael? ¿A la de la madre de Moisés, exponiendo la vida de este á las corrientes del Nilo? ¿A la de Jacob, cuando se persuadió que había muerto José? ¿A la de Respha, mirando á sus dos hijos suspendidos? ¿A la de David, por la muerte de Absalon? ¿A la de Ana, por el oprobio de su esterilidad? ¿A la de Raquel ó de Noemi, por la muerte de sus hijos? Mas ¿quién no ve que todas estas angustias, aunque grandes, no son comparables á las de María, distando tanto de ellas en su principio y en su objeto cuanto difieren entre sí las criaturas y su criador, los pecadores y el impecable por esencia, la culpa en fin y la santidad? ¿Pues qué si á esto se agregan las circunstancias de su muerte, maquinada y ejecutada por su pueblo escogido, á quien sacó de la dura esclavitud; á quien milagrosamente mantuvo en el desierto por espacio de cuarenta años; á quien estableció en la tierra de promision, distinguiéndole entre todas las naciones del mundo; á quien colmó, en fin, de beneficios, sanando sus cojos y tullidos, curando sus ciegos y enfermos, resucitando sus muertos? Nada digo de la angustia de María al verse desamparada de todos sus amigos, y que los apóstoles, testigos de sus más grandes milagros, uno le vende, otro le niega, y todos huyen al tiempo de la tribulacion y del oprobio. Sí, dulce Madre mia; herido el Pastor es consiguiente la dispersion del rebaño, conforme al oráculo de un

profeta; y vos no hallareis con quien dividir las penas, ni quien os consuele sobre la tierra, porque los mismos por quienes padece y muere lleno todo de amor vuestro adorable Hijo, por un prodigio de insensibilidad, de dureza y de ingratitud, aumentarán en esta hora vuestra amargura. Dios, que quiere haceros la más perfecta imagen de su Unigénito, enviará á vuestro corazón más plagas que al Egipto. Entre los hijos mismos de vuestro dolor vereis á unos desertando abiertamente de la fé y de la moral de Jesucristo, á otros sembrando en el campo de la Iglesia la cizaña, el error y la mentira; á otros persiguiendo y desacreditando con tesón á los ministros del santuario y legados de Jesucristo; á unos llenos de ambición, de orgullo y de soberbia, despreciando la sencillez cristiana, la mansedumbre y humildad de Jesucristo; á otros afeando su Iglesia con impurezas, usuras, monopolios, y abandonando con lujo y con vanidades la modestia y moderación que tanto nos recomienda Jesucristo; hombres sin humanidad, sin afección, sin caridad: injustos, avaros, blasfemos, escandalosos, desapiadados, irreligiosos, murmuradores, sacrilegos, sin amor á Jesucristo ni al prójimo; á otros... Mas ¿para qué me canso y os molesto? Vereis que siendo todos llamados serán pocos los escogidos, y que bastando cualquiera gota de esta adorable sangre para redimir á innumerables mundos, serán muy pocos los que quieran aprovecharse de ella, despreciando la gracia é inspiraciones de Jesucristo.

Ahora pues entiendo, porque la Iglesia, ilustrada del Espíritu Santo, llama á nuestra madre Reina de los mártires. Los demás santos han padecido por Cristo en su carne; pero al alma, que es inmortal, no han podido tocar los tiranos: estaba reservada á María la crucifixión del espíritu, y por espiritual fué más atroz su angustia, más penetrante la espada que atravesó su alma, y María, por consiguiente más que mártir. Tanta es y tan incomparable la aflicción de esta tierna Madre á presencia de la pasión y muerte de su único hijo, y de la ingratitud del hombre, por quien muere lleno todo de su amor. Pero ¡oh mi Dios! ¿á qué fin estas imponderables angustias de vuestra inocente Madre en vuestros eternos designios? Yo me atrevo á decirlo, señores: para su mayor conformidad con Jesucristo, y para que participase más abundantemente que todos los justos, no solo del amargo cáliz de su pasión, sino de la gloria y trofeos de su Redentor en este momento. Hé ahí una verdad constante y apoyada sobre los oráculos más decisivos de la santa Escritura. Yo dejo de proponer los textos porque hablo á un pueblo instruido, en cuyo corazón

leo grabadas las verdades que ellos testifican. Conténtome, pues, con proponer brevemente, los inefables motivos de gloria y de gozo espiritual que fueron en María inseparables de su angustia.

Si quisiera extenderme sobre la materia, ¿qué no podría decir sobre su gloria y gozo al considerar la ilustre y completa victoria de su Hijo sobre todas las potestades infernales, al ver arrojado del mundo y ligado en el abismo al príncipe de las tinieblas, y establecido el eterno imperio de la cruz? ¿Qué de su gozo al ver confundida la sabiduría de los filósofos, enmudecidos los oráculos del paganismo, deshecha la Sinagoga, abolidas las ceremonias y sacrificios legales, el sacerdocio antiguo, el Evangelio subrogado á la ley de Moisés, un nuevo orden de cosas más recomendable, más santo, un templo más augusto, un pueblo más fiel, sacramentos más eficaces, ceremonias más nobles, gracias más abundantes? ¿Qué no podría añadir de la gloria y gozo que le resultaba al ver satisfecha la justicia del Padre, reconciliado el Cielo con la tierra y redimido el género humano? Baste decir que solo por este respeto toleró el Hijo de Dios su cruz gozoso, considerándola como medio indispensable para conseguir la gloria de Redentor, que constituye su mayor exaltación en cuanto hombre; y que María con el mismo designio hubiera contribuido á su pasión en caso necesario, para que ni Él quedase defraudado de tanta gloria, ni el género humano sin reparador. Por esta causa, aunque deseaba mucho que no muriera su hijo, deseaba más la salud del hombre. ¿Sabeis por qué, señores? Porque en esto se cumplía la voluntad del Padre eterno, en que conciben los justos su mayor complacencia, y porque así conquistaba Jesucristo su mayor gloria. María, pues, que le había sido fiel é inseparable compañera en la pasión, debía participar de sus ventajas gloriosas, viéndole desde la cruz atraer á sí todas las cosas, y reunir bajo su estandarte la Grecia ingeniosa, el Egipto misterioso, la Persia sensual, la altiva Roma, la Escitia bárbara, la India feroz.

¡Qué gloria, qué complacencia, qué gozo, qué alegría espiritual no inundaría el corazón de María, al considerar la próxima resurrección del Salvador, que debía llenar de gozo universal los Cielos y la tierra! ¡Qué complacencia al contemplar la venida del Espíritu Santo á ilustrar y confirmar el corazón tímido de los apóstoles, para que llevasen con fortaleza irresistible su angustia y adorable nombre por todo el universo! ¡Qué gloria al considerar la Iglesia de Jesucristo, fundada sobre esta piedra angular que ántes habían reprobado los judíos! Y si al Cielo resulta tanta alegría de la conversión de un

pecador, de la conquista de un alma, que excede á la que causan todos los justos, segun la expresion de la Escritura, ¿qué gozo no concebiría nuestra Madre al considerar el celo de los apóstoles despues de la venida del Espíritu Santo, la constancia de los mártires, el amor de los confesores, la pureza de las vírgenes, la exaltacion del Salvador por todas las naciones y en todos los siglos? Motivos todos de tanto gozo, objetos de tanta gloria, que no pudieron ser suprimidos en el corazon de María durante la augusta escena del Calvario que los producía. Es pues constante, señores, que las angustias de María son una especie de prodigio, donde no se sabe qué cosa sea más digna de admiracion, si la afliccion que causaban en su alma, ó la gloria y gozo que de ellas le resultaba. Veneremos, pues, con sumision los ocultos juicios de Dios, que para nuestra edificacion y enseñanza nos presenta tan raro ejemplar de conformidad con Jesucristo, para que reconozcamos haber sido nosotros mismos la causa de su amargura y de sus penas; y que miéntras más aceptos á Dios debemos ser más acrisolados en el fuego de la tribulacion. Así, pues, cuando nos veamos oprimidos de la mano del Señor, clamemos con María, con S. Pablo y demás justos: «De buena voluntad me gloriaré en mis enfermedades y trabajos para adquirir la virtud de Jesucristo, y me complaceré en mis angustias por este divino Salvador.»

Augusta y soberana Patrona, consuelo nuestro, refugio nuestro, dulce esperanza nuestra: desde el alto sólio á que os elevó vuestra conformidad con Jesucristo en sus trabajos, echad una mirada favorable sobre los hijos de vuestros dolores, que claman por la remision de sus pecados, confiados en vuestra proteccion. Conocemos nuestros crímenes, origen de vuestras penas: los detestamos á presencia de los ángeles de paz, custodios de vuestro templo: deseamos sinceramente nuestra reconciliacion: sed Vos nuestra medianera para con Jesucristo, cuyo augusto y adorable nombre sea ensalzado en los Cielos y en la tierra. *Amen.*

---

## NUESTRA SEÑORA DEL ARCO.

---

*Vide arcum, et benedic eum qui fecit illum.*

Contempla el arco, y bendice al que lo hizo.

(ECLÉS. XLIII, 12.)

Acostumbran los hombres, cuando sienten muchísimo amor hácia alguna persona, hablar de ella con frecuencia, y como si la propia lengua no tuviese expresiones bastantes para alabarla, expresar con los títulos sus más honrosas cualidades y con los epítetos más escogidos las dotes de su ánimo y corazon. De esta suerte, el Esposo de los sagrados cánticos llamaba á su amada con los nombres de amiga, de hermana, de paloma; y ésta le correspondía llamándole bello y gracioso. Del mismo modo David, que sentía para Jonatás los más ardientes afectos de fervorosa amistad, solía llamarle amable y tiernísimo; y San Pablo, escribiendo á los primeros cristianos, á quienes amaba tiernamente y con evangélica caridad, solía llamarles su gozo y su corona.

Lo propio ha sucedido con la devocion del pueblo cristiano á María. El culto á esta Sma. Virgen, nacido en los montes de la Judea, ha crecido de siglo en siglo; y sus devotos, no queriendo perderla de vista por un solo instante, deseando seguir sus pasos, queriendo representársela bajo todas sus formas, le prodigaron los epítetos más afectuosos y los títulos más expresivos. Sin duda me haría pesado si quisiese enumerar todas las frases afectuosas, con las cuales nuestros padres hablaron de María; y paso en silencio tantos melodiosos vocablos como se le han dirigido en todos tiempos para celebrarla en sus glorias y en sus beneficios.

No obstante, en la alegría de la presente fiesta, ciertamente que no puedo pasar por alto el título de Nuestra Señora del Arco con que la saludamos hoy, postrados ante su imágen. Antiguo por su origen, venerando por su significado, bendito por las gracias que con este